

go de un pueblo del sur y la visión del fin del mundo desde el vientre de la madre; las confesiones de su adolescencia en un barrio de la capital; su vida de casado, en Recoleta abajo, y su amor por Cona; el origen de su apetencia por el vino; el asesinato de los pollos blancos, el hogar deshecho, sus noches en la prisión, su eterno conflicto entre la razón y el instinto. Fuerte, vivo, tierno, sensual el relato. Admirable. Juan Godoy, por último, le da muerte a su personaje, matándose a sí mismo. Un tren nocturno le tritura entre sus fierros, después de una borrachera descomunal. "Sus sesos derramados sobre el fósforo azulado de los rieles huían sobre ellos hacia lo alto, hacia una estrella acuosa que parpadeaba como una lágrima azul..."

La novela no es coherente. Fue escrita a retazos, en hojas de cuaderno, cubiertas de libros, en libretas de ocasión. Como lo hacía Ercilla en la guerra de Arauco. En Godoy esto es un hábito, una técnica. Por eso los paralelismos en sus obras, los pequeños cuadros, la zozobra por los capítulos largos. Cuesta seguirle. Pero, acostumbrado uno, no se despega de su sombra, sombra tan chilena y, al mismo tiempo, tan universal. Sombra de artista.

Jorge Jobet.

*

<https://doi.org/10.29393/At387-30SAGD10030>

Saludos al pasar, por Salvador Reyes.

Editorial del Pacífico, 1959

El celebrado autor de "Mónica Sanders" y de "Valparaíso, puerto de nostalgia", ha reunido una gavilla de crónicas bajo el título de "Saludos al pasar", en las que resume algunas de sus impresiones de viajero impenitente.

Salvador Reyes comienza participándonos sus impresiones sobre París en la época de la ocupación por las tropas alemanas, en que toda la clásica alegría francesa quedó reducida al silencio, aguardando el instante del renacimiento. A pesar de sus palabras de que "la crónica de viajes se ha convertido en un género difícil, porque el cine, la radio y la televisión han vulgarizado e intercambiado las imágenes que antes pertenecían solamente a una élite de escritores errantes", nos presenta un novedoso e interesante mosaico de cálidas vivencias.

Se advierte fácilmente que Salvador Reyes se siente bien en París, en su ambiente, en sus calles, que ha aprendido a amarlos como lo desean los parisienses. "El sabe que el encanto de París irá entrando en el forastero lentamente a través de cosas sencillas, tiernas, y a la vez un poco marchitas" (pág. 21).

A través de sus impresiones, el autor nos desliza algunas certeras conclusiones derivadas de su experiencia, de su alma enriquecida por los viajes, por el contacto con diferentes seres, por ese don de penetrar en la atmósfera íntima del hombre y su destino. "En general, las grandes tristezas que nos acompañan a lo largo de la vida, no tienen origen preciso; van con nosotros como el color de nuestros ojos o la forma de nuestras orejas. Por eso son tan invencibles" (pág. 41).

El capítulo destinado a los "clochards", vagabundos diferenciados, que huyen de la sociedad para vivir sin trabas, con una moral propia, sin mendigar, trabajando a ratos, nos parece soberbio. Hay una comprensión, una simpatía humana, una casi identificación con el alma de los "clochards" franceses, que evidencia el espíritu vagabundo e inestable del autor de "Barco Ebrio".

"Londres", "the big city", no es mirada con mucha simpatía por Salvador Reyes. Se advierte que allí se siente un extraño, que su alma se resiste a dejarse coger por la atmósfera, por el ambiente londinense, a pesar de su admiración y respeto por los ingleses, por haber salvado la dignidad del mundo, como lo expresa claramente. Al hablar sobre Londres, no podía faltar, naturalmente, un capítulo sobre el "fog", esa niebla espesa, negra, única, que envuelve algunas veces a la gigantesca ciudad entre los pliegues de su manto de luto.

"Saludos al pasar" no es un libro más de viajes. Es un manojo de crónicas sabrosas, livianas, interesantes, escritas en un estilo medido, sin exaltaciones, por la mano segura y experta de un poeta y escritor que sabe penetrar en las cosas con pupilas luminosas y asombradas.

Salvador Reyes nos participa sus impresiones sobre España, las Baleares, la Costa Azul, los Pirineos, Lisboa, Copenhague y Edimburgo, en las que se advierte su agudo espíritu de observación y su valioso poder evocativo.

El escritor que se interroga a sí mismo si sería capaz de soportar para siempre la inalterable calma de Mallorca, sabe bien que su puesto estará siempre en los andenes o a bordo de algún barco que lo conduzca a cualquier parte. "Saludos al pasar" delata su alma marinera. Alguna vez nos ofrecerá un resumen de sus viajes y de los hombres que ha conocido en su ya largo peregrinaje por el mundo. "Saludos al pasar" es un bello, interesante e inolvidable anticipo.

Gonzalo Drago.